

EL CRISTIANISMO EN LA CULTURA LÍQUIDA

Cristian Calderón Contreras
Claudio Cartes Andrades





En más de alguna oportunidad habremos escuchado la expresión sociedad líquida. El término es usado por el sociólogo polaco, Zygmunt Bauman quién, escribiendo sobre la modernidad líquida trata de responder a las características y devenir de las sociedades actuales proponiendo algunas concepciones básicas sobre la condición humana y su cultura.

Lo líquido de las sociedades modernas da cuenta de la tendencia creciente a la disolución del sentido, donde la pertenencia social, la unidad, las costumbres y valores se han fragmentado hasta licuarse prácticamente del todo. No hay solidez, sino liquidez; no hay estabilidad, sino incertidumbre, no hay unidad espacio temporal, sino fragmentación y fugacidad. En este contexto no es el pensamiento fuerte ni los valores de la metafísica del ser los que priman, sino la continua disolución de la realidad.

Evidentemente, esta concepción tiene aristas favorables al desarrollo del cristianismo en nuestra era como, por ejemplo, la autenticidad y purificación de sus contenidos, pero también algunos puntos desafiantes: ¿Cómo vivir el cristianismo en este contexto líquido?

Conviene distinguir brevemente dos aspectos: por una parte, recordar que el cambio es parte de la constitución natural de todo proceso de desarrollo histórico social, es decir, la vida tiene en su esquema de acción el devenir; por otra parte, lo líquido hace referencia a la disolución, en contraposición de lo sólido y permanente. Si bien hay un proceso de cambio, muchos aspectos de la vida social y valores culturales eran bastante constantes hace décadas atrás: instituciones, personas, valores, pensamientos, etc., que hoy en día se disolvieron, a tal punto, que se ha perdido su punto de referencia.

En este contexto líquido como el océano, impredecible y misterioso, las virtudes cristianas son, precisamente unos faros que iluminan y orientan a los navegantes a llegar a puerto seguro, al abrazo eterno del amor de Dios.

La palabra del cristianismo sigue siendo viva y eficaz en medio de este proceso de cambio y liquidez. Los cristianos/as, en medio de tales procesos seguimos llamados a ofrecer un horizonte de vida, orientado y tensionado según el ejemplo y las palabras del Cristo, punto de referencia en toda decisión y opción del creyente. Cristo, al entrar en la historia como el Verbo encarnado asume consigo todo el camino y devenir de la historia para elevarla desde dentro, dándole unidad, plenitud, y restaurando los fragmentos dispersos producto del pecado y la ruptura del ser humano consigo mismo, con Dios y la creación en general.

La historia de la Salvación, si bien, se distingue de la historia natural, propia de nuestra existencia contingente, se desarrolla en ella y asume sus propios contenidos. Con una dinámica espiritual e interior, la Palabra de Dios es fermento en la masa, luz en la oscuridad, tesoro escondido en el campo. La liquidez propia de la cultura actual, no merma en absoluto los contenidos esenciales de la fe, desarrollados en la historia, aunque evidentemente la hacen parecer inocua o sin sentido para nuestros ritmos ordinarios en la vida cotidiana. La referencia de Cristo y su mensaje desarrollado en la Iglesia, siguen presentes, pese al velo puesto sobre su eficacia.

